
Soy asexual, no estoy enferma

I'm asexual, I'm not sick


ARTÍCULO POR INVITACIÓN

CÓMO CITAR: Ortiz Rosero, E. "Soy asexual, no estoy enferma".

Revista Crítica Año II N.º III: 28 – 35.

Dra. Elsa Ortiz Rosero

Universidad de Salamanca (USAL)

ISSN: 2525-0752 

RESUMEN

Mi ponencia parte de una crítica a un artículo publicado en el diario El País, en enero de 2013. En éste se trata de manera sesgada y patologizante el tema de la asexualidad, coincidiendo con estereotipos y prejuicios que socialmente pesan sobre las personas asexuales. A partir de esta crítica, relato también mi experiencia de vida como asexual, y cuestiona la tendencia a patologizar todas conductas humanas que salen de la norma.

El orden heterosexual

El orden sexual es la primera forma de clasificar a la humanidad. Es así que nuestra primera definición (y consecuente socialización) pasa por definirnos como mujeres u hombres. Luego vendrá la asignación de roles (los estereotipos) partiendo de las diferencias anatómicas, sobre las que la ciencia basará un sinnúmero de supuestos absurdos, entre los que se encuentra la heterosexualidad obligatoria, como denominaba Adrienne Rich (1980), teórica feminista que afirmaba que esta situación era una de las herramientas de opresión de la mujer.

He esperado algún tiempo para elaborar este testimonio, tiempo que me ha servido para refrescar mis vísceras en aras de elaborar ideas. Tiempo que ha estado teñido de varios colores: desde el frío blanco azulado de la soledad y el aislamiento, hasta el amarillo rojizo de la lava volcánica de la incompreensión desde su cara más intrusiva, cuando con el calor de la amistad sobreviene la estigmatización y la falta de respeto. En el contexto político contemporáneo, en el que la lucha por la aceptación de las distintas orientaciones sexuales, y la diversidad genérica han conquistado terreno, me parecía innecesario hablar de mi experiencia, pues en la esfera pública ciertamente se pueden palpar los cambios. Sin embargo, hay momentos en la vida que una encuentra ciertos detonantes de emociones. El desencuentro que me produjo un artículo publicado en el diario *EL PAIS* (Madrid, 23 de enero de 2013), me movió a plasmar este testimonio.

A diferencia de la homosexualidad y la bisexualidad, que constituyen una transgresión al orden heterosexual desde las prácticas visibles, la asexualidad transgrede dicho orden a través de la omisión. Me defino como asexual porque no quiero tener relaciones sexuales ni con hombres ni mujeres, no me llaman la atención más que como amigos/as, y aunque como relato a continuación, esta particularidad me cobró más de una decepción, aprendí que nunca el precio es alto por ser uno mismo.

Vivir la diversidad sexual

Nací y crecí en una sociedad muy conservadora y clerical, y específicamente en una familia con esas características. Este detalle puede sonar irrelevante, pero la noción primaria de asexualidad (al menos para mí) en este contexto estuvo siempre asociada al celibato, porque en ambos casos las relaciones sexuales no existen. Así, la abstinencia como virtud, y la historia de los/as virtuosos/as

engrosaban la lista de modelos a seguir, pero desde luego no fueron los únicos. Estaban también los personajes de cuentos, películas y telenovelas que dibujaban a príncipes azules valientes y empoderados, a princesas delicadas en búsqueda de protección y cobijo, incapaces de solventarse por ellas mismas su propia vida. Mostraban también a mujeres que vivían solas, que salían en escoba por las noches, pero cuyo fin nunca fue la felicidad. Eso sí, ni las princesas se rescataban entre sí, ni se amaban entre sí, ni los fornidos príncipes bajaban las armas para sacar su ternura y amarse entre sí.

Confieso que siempre viví con cierta incomodidad la idea de volverme adulta, porque definitivamente implicaba abrazar los estereotipos y el “deber ser” mujer. Y desde luego en nuestras sociedades hetero normativa, el núcleo de ese “deber ser” constituye la heterosexualidad. El término heteronormatividad fue acuñado por Michael Warner (1991) y se refiere al conjunto de las relaciones de poder por medio del cual la sexualidad se normaliza y se reglamenta en nuestra cultura, y como consecuencia las relaciones heterosexuales idealizadas se institucionalizan y se equiparan con lo que significa ser humano.

A diferencia de mis compañeras de aula, primas y hermana, convertirme en adolescente no supuso gustar de un chico, y sin ese primer supuesto, tampoco existieron ni mariposas en el estómago, ni palpitos apresurados de corazón, ni sueños eróticos, ni suspiros.

Ojo, hablo de chicos, porque la norma heterosexual no contemplaba como parte de ese proceso biológico y social que es el crecimiento, la atracción hacia otras mujeres. Para etiquetar y sancionar este tipo de atracción, estaban los sermones, las clases de religión, y unos cuantos libros que bajo la bandera de guía de sexualidad, enmarcaban las conductas lésbicas u homosexuales en las “desviaciones del comportamiento”. Pero, a mí tampoco me atraían las chicas, a pesar de que mi estética les hiciera pensar lo contrario a mis compañeras, mi familia y profesor@s. Muchas asumieron mi lesbianismo, y como consecuencia llegó la exclusión, particularidad que me permitió ver desde los márgenes a ese jarrón cuadrado y con agujeros que es la heteronormatividad. Mi vida transcurrió a partir de ese episodio entre la ambivalencia de la soledad y la libertad, entre el dolor y la frescura que respectivamente me aportaban. Tomé conciencia de mi diferencia, a partir de la exclusión, pero también sentí que el problema no lo tenía yo, sino ese jarrón cuadrado del que antes hablé. A esta última conclusión no llegué de manera inmediata. Necesité tiempo para

procesar mi situación, calmar las vísceras y abandonar el inútil intento de acercarme a la gente.

La indignación y el resentimiento me llevaron a preguntarme: ¿Qué clase de delito o enfermedad era ser lesbiana o gay? ¿Contra quién atentaba el hecho de no gustar de los hombres siendo mujer, o no gustar de las mujeres siendo hombre? ¿Ese era motivo justificado para ser rechazado/a? ¿Estaban enfermas las personas homosexuales? ¿Estaba yo enferma? Pero no, yo no me sentía enferma; al contrario, la indignación me había dotado de las luces necesarias para ver el espectro de la diversidad del deseo humano. Miré con nuevos lentes a gays, lesbianas y transexuales. En carne propia sentía el peso de un orden poderoso, que por mi juventud e inexperiencia no me atrevía a desafiar de frente. Por eso miré, calle, y el silencio ausentó la necesidad de nombrar mi forma de deseo.

“La indignación y resentimiento me llevaron a preguntarme: ¿Qué clase de delito era ser lesbiana o gay?”

Octubre de 1999. Iniciaba clases en la facultad de Derecho, con gente de derecha, en la Universidad Católica, y una tarde en la cafetería, Eli (mi compañera en una asignatura) se sentó en mi mesa. En el preámbulo, después de intercambiar un par de comentarios sobre la fecha de exámenes, me dijo: “soy gay, espero que no tengas ningún problema con eso”. Sentí por primera vez que no recorría yo sola los márgenes. Rompí el silencio con esta frase: “a mí no me gustan los hombres ni las mujeres”, acoté, extrañada de mi confesión, observando una sonrisa cómplice en el rostro de mi interlocutora. “Ah, eres asexual” me dijo, y yo asentí, con la liberadora sensación del nombre como inicio de una existencia. Ese instante salí del clóset. Sin saberlo, Eli, haló las compuertas.

Eli, hija de madre española y padre ecuatoriano, se había atrevido a dejar sus estudios de sociología en Canadá, para regresar a Quito, después de 10 años, decisión más que heroica, tomando en cuenta el contexto del Ecuador de aquella época, devastado por políticas económicas neoliberales, y un contexto social (marcadamente clerical) poco favorable a los cambios. En cuanto a las conquistas políticas (traducidas en modificaciones jurídicas), en 1997, el tribunal de Garantías Constitucionales había declarado inconstitucional la disposición del código penal que tipificaba como delito la homosexualidad. Hasta ahí el relato suena genial. Sin em-

bargo, y en aras de la honestidad, debo mencionar (no sin cierta vergüenza) que la cereza del pastel de aquel fallo del tribunal constitucional, señalaba la imperante necesidad de despenalizar la homosexualidad, a fin de que la población carcelaria “sana” no se “contamine”. El debate (tanto jurídico como público) no se centró en temas como la igualdad de derechos, ni nada parecido; al contrario, la patologización fue el hilo conductor que llevaría a la despenalización. Inevitable fue no volver sobre los ingratos de recuerdos de adolescencia. Inevitable no recordar esta frase: “lo tuyo es una enfermedad, deberías hacerte un control de hormonas porque probablemente produzcas más testosterona, pero eso te cura un endocrinólogo”. Esa ridícula frase (que la pronunció una compañera de colegio con total aplomo repitiendo lo que leyó en una revista) condensaba el imaginario sobre la homosexualidad,

y recordarla en medio de la charla con Eli me revolvió la ira, a la que maticé con una carcajada.

Compartiendo nuestras experiencias de vida, caí en cuenta cuánto de so-

cial, económico, político y estético tiene la vida sexual de cada ser humano. Por primera vez hablar sobre sexo no tenía estas palabras: “testosterona, progesterona, estrógenos, hipotálamo, hormonas luteinizantes, ovarios, útero, vagina, pene”. Nos encontramos en la diversidad y en las experiencias de rechazo, que ella para ese entonces en la facultad las vivía de manera sistemática. Admiré profundamente el coraje de mostrar al mundo (y en especial a esa parte del mundo) su existencia lésbica, encarando con distintos argumentos y bajo una reflexión interdisciplinaria y profunda, que distaba de la clásica reduccionista del sexo. En su discurso pude palpar la transgresión, desde una ética feminista, a ese orden sexual. La vida me puso cara a cara con una experiencia lésbica real, más allá de la etiqueta que alguna vez me asignaron. Seguí de cerca su intensa lucha política, su visibilización en pareja, los rostros sorprendidos, los comentarios de pasillo que todas sus actividades fomentaban, y descubrí que si la “etiqueta” pesaba, vivirlo era un ejercicio auténtico de valentía.

Su deseo transgresor aterrizaba en prácticas, mientras que el mío tomaba forma en un lugar invisible. En este punto me gustaría aclarar esta cuestión de la invisibilidad como un obstáculo a la hora de reivindicarla, pues se la asocia directamente con el celibato religioso, ya que en la práctica decantan en la ausencia de relaciones sexuales. No obstante,

esta ausencia de encuentros íntimos se venera en lo religioso desde el sacrificio, desde la represión del deseo; y por lo tanto es este sacrificio lo que adquiere valor, no la ausencia de deseo como tal.

El miedo al rechazo en ese nuevo espacio, hizo que escogiera el cómodo lugar del perfil bajo, que se mezcló con una nueva treta del destino. Mi estética andrógina me daba la apariencia de monja, así que mucha gente decidió asumir esa condición, y yo opté por ocultarme tras de ésta, porque de algún modo sentí que era una forma de vivir mi asexualidad.

Durante los años que duró la carrera universitaria, en contrapartida a la militancia que ejercía mi amiga Eli, opté por la comodidad de ser “la monjita”, y de hecho, pensé que a fin de evitar las preguntas invasivas, y los comentarios y miradas de “sospecha” de mi supuesto lesbianismo, la vida religiosa sería la única opción para personas como yo. Eli se enfrentó a las autoridades universitarias, a los/as compañeros/as, a los/as profesores/as. En un contexto social en el que la homofobia, lesbofobia y transfobia decantaban en prácticas aberrantes como el asesinato y la violación de la población GLBTI, no encontraba espacio para mi propia reivindicación, pues el blanco de la violencia (directa) fue siempre este colectivo, mientras que lo asexual se reducía de algún modo a la inexistencia, y esa misma característica me llevó a pensar (de manera ingenua y hasta cómoda) que los/as agredidos/as debían encabezar la lucha, y que únicamente este colectivo tenía total legitimación política para luchar por la diversidad, de la que siempre me sentí parte, pero estaba consciente que la existencia asexual no es precisamente lo más abyecto de las transgresiones al orden heterosexual. ¿Cómo mostrar la asexualidad? ¿Debía también yo pelear por ella? ¿Cómo pelear la asexualidad?

Mucha agua corrió bajo el puente desde aquellos años universitarios. La progresiva visibilización de las parejas gays y lésbicas, la denuncia de los asesinatos a transexuales y travestis, provocaron también un cambio progresivo en la esfera pública (tanto en lo social como en lo jurídico), aunque sea complejo el tema aún. Cursé una maestría en género, las teorías feministas me abrieron la mente hacia lugares insospechados, y provocaron en mí una concientización de la violencia indirecta hacia la población asexual. Debo recalcar, no he tenido noticia alguna de una persecución sistemática hacia nosotros, pero así como la asexualidad implica una transgresión al orden heterosexual por la omisión, tardé en decodificar las micro prácticas agresivas como situaciones de violencia. Si bien no tuve una

persecución física sistemática, ni tengo noticias de que la asexualidad haya estado tipificada como delito, encontré muchas similitudes en el tratamiento que se le daba a la homosexualidad antes, y el que se le otorga ahora a lo asexual.

Ahora cuando hablo abiertamente de mi asexualidad, no ha faltado quien afirme (con la arrogancia de creer saber más que yo de mi propio deseo) que se trata de un estado pasajero, que no he conocido aún a la persona correcta (cuando no se refieren directamente al “hombre correcto”), que seguro estoy reprimiendo mi lesbianismo, y finalmente no ha faltado esta pregunta: “¿te has hecho un chequeo hormonal?”, con lo que concluyo que existe aún una carga biologicista muy fuerte al abordar el tema de la sexualidad humana. Y, claro, como ciertas nociones de psicología se han colado en los nuevos estándares de “cultura general” más de una persona (sin haberse titulado en psicología) sugirió que seguramente algún suceso macabro marcó mi infancia.

No han faltado las burlas “si yo no tengo relaciones en mucho tiempo, también me vuelvo asexual”, y desde luego están aquellas personas que al creer abanderadas de la liberación sexual, me han dicho: “no puedo confiar, en alguien que no disfrute de su cuerpo”. Desde el lado más amable, aunque no por ello comprensivo, he escuchado comentarios que se refieren a la asexualidad como un estado espiritual superior, un estadio posterior en la evolución humana: “eres como un angelito”. Ante este último tipo de comentarios, he preferido omitir réplica alguna, para macerar en mi cabeza cómo la idea del encuentro sexual con otras personas, suele estar teñida de impureza y de imperfección. Los invito a pensar en cualquier chiste de contenido sexual, en la sensación de picardía de quien los cuenta y los consecuentes bochornos, sudores y carcajadas de quienes escuchamos.

Mi malestar ante estos comentarios me ha llevado a imaginar un mundo al revés, en el que la norma es la asexualidad, y ellos/as deben contestar estas preguntas: ¿por qué eres heterosexual? ¿Por qué te besas? Ya llegará tu momento de asexualidad ¿Has probado no tener relaciones durante un tiempo?

La misma premisa invasiva y desconsiderada con las opciones ajenas. Debo señalar sin embargo, que no siento un disgusto de hablar de lo asexual, siempre y cuando exista un clima de horizontalidad, condición que se quiebra con las burlas, la etiqueta y la patologización. Jorgelina, una amiga a quien conocí en Salamanca, mostró interés en el tema, compartió material conmigo y me impulsó a

escribir este manifiesto. Con total honestidad me confesó que no lo entendía, pero siempre su actitud respetuosa y su visión política del tema, me mostró un nuevo horizonte ético: no entender no es sinónimo de irrespeto. Y desde luego, hay que reconocer, que todo lo que está fuera de la norma, causa al menos asombro.

El detonante

Menuda sorpresa me llevé precisamente al revisar el artículo publicado en el diario español *EL PAIS*, a inicios de este año, titulado “Los que pasan del sexo”, y al que hice referencia en un inicio. En éste se describe de manera breve el surgimiento del movimiento asexual, cuya principal plataforma online es AVEN, siglas en inglés que significan “Red para la educación y la visibilidad de la asexualidad” (Asexuality visibility and education network).

Carlos, un chico asexual cuyo testimonio está recogido en el artículo, afirma que “el problema de la asexualidad es precisamente mostrar que no hay ningún problema”. El giro que tomó el artículo me provocó mucho ruido, pues en un intento de hacer una genealogía de los movimientos asexuales, se remitió a la sociedad japonesa, como el primer país en donde se visibilizaron las personas asexuales, que en Japón se caracterizan por ser hombres jóvenes que no trabajan, viven en casa de sus padres, y gastan su día viendo televisión y consumiendo cereal, de allí que se les denomine “chicos herbívoros”. En el otro lado de la moneda, como réplica de la creciente apatía sexual de los hombres japoneses, están “las chicas carnívoras” exitosas ejecutivas, que luego de largas jornadas de trabajo, salen a los bares a “cazar” (sí ese término utiliza la autora del artículo) a los pocos hombres heterosexuales. Resaltaba también la preocupación por el descenso de las tasas de natalidad en la sociedad nipona, como consecuencia de la falta de interés en el sexo por parte de los hombres. Me sorprendió el aplomo para soltar afirmaciones como ésta: “Japón, país piloto de lo que ocurrirá en el futuro”, y claro, no hay ningún argumento sólido que justifique esto. El artículo finaliza con la opinión de una experta sexóloga, que consideraba a la asexualidad como un “cajón de sastre” en donde entraban todo tipo de desórdenes, a la par que recomendaba no renunciar a la sexualidad pues es placer y salud. Entre las múltiples críticas que me suscitó el artículo, quiero destacar las siguientes:

- Es claro el tono androcéntrico con el que se refiere a la asexualidad, pues no se refiere de manera mínima a las mujeres asexuales; y en-

fatiza demasiado en la apatía sexual masculina.

- La interacción social en el campo sexual, sigue bajo una óptica heteronormativa y binaria, que solo entiende de relaciones entre hombres y mujeres. Lamentablemente, el termómetro para medir la normalidad en el terreno sexual sigue siendo lo heterosexual.
- A pesar de que en el preámbulo se destaca el activismo asexual, y se lo compare incluso con los movimientos gays de la década de los setenta, o se subrayen frases como “no todo el mundo está interesado en el sexo”, los ejemplos citados, la opinión de la experta y el desenlace del artículo, etiquetan de manera indirecta a la asexualidad como “anormal”. Etiqueta que se camufla muy bien bajo un título políticamente correcto (*Los que pasan del sexo*), así como bajo unas pocas líneas que aparecen debajo de éste, sobre todo con la frase “los asexuales empiezan a salir del armario”.
- Persiste aún la necesidad de entender a las prácticas sexuales, únicamente desde el lado biológico, y aparece así mismo una imperante necesidad de la prescripción médica, obviando el lado cultural de la sexualidad.
- Me llamó la atención el hecho de que se extiende en el caso del Japón como ejemplo paradigmático, tanto que hasta le de la categoría de *piloto*, y contradictoriamente brinde detalles de la existencia de una plataforma virtual AVEN, creada y monitoreada no precisamente por los “chicos herbívoros” del Japón. AVEN es una prueba irrefutable de la existencia de asexuales en otros territorios, y a diferencia de este grupo de herbívoros que definitivamente no nos representa, los/as asexuales nos juntamos, nos organizamos, buscamos afecto y lo disfrutamos, por eso sufrimos con la incompreensión y el rechazo.
- De la lectura y relectura del artículo, y tomando en cuenta la sección editorial de enmarcarlo en moda en el que se lo enmarcó, y de que se finalice con la opinión de una experta sexóloga, y estadísticas de descenso de natalidad en la sociedad nipona, me quedó claro que aparte de estar patologizada la falta de interés sexual, tampoco se la lee como una transgresión al orden sexual, salvo para efectos del “peligro” que pueda suponer para la reproducción de la especie.
- La idea de placer está muy vinculada en el imaginario al acto sexual, obviando las múlti-

ples formas de placer que todos los seres humanos experimentamos con distintas facetas, momentos, lugares y cosas.

La educación para el respeto

Un amigo gay un día me dijo: “es muy difícil que un hetero te entienda, no ha sentido la diversidad”. Le creo, porque lo he ido comprobando, aunque debo añadir que la incompreensión hacia la diferencia no es patrimonio exclusivo de los heterosexuales. Sin importar el nivel de estudios, la condición social, económica, pertenencia étnica, credo e incluso orientación sexual o identidad de género, aceptar lo diverso nos cuesta. Hablo en plural, porque más de una vez la norma heterosexual que lamentablemente también nos pesa incluso a quienes desistimos de ella, me ha vuelto insensible, miope y me ha obligado a bañarme de humildad, recordándome que la pelea por el reconocimiento y el respeto al otro es un campo de batalla interior.

Encontrarme con plataformas como AVEN, me contiene, me siento acompañada y me ha motivado a salir de mi zona de confort, y me ha mostrado un mundo policromático, dentro de la misma asexualidad: asexuales románticos, no románticos, asexuales gays, asexuales lesbianas; asexuales no románticos (categoría con la que me identifico). Cuanto más reflexiono sobre las relaciones humanas, más pequeña siento mi existencia ante ese gran universo de afectos, sensaciones y placeres. Inútil tratar de tragar el infinito de una cucharada. Útil asumir con humildad el respeto a cómo se define y cómo decide vivir cada persona.

Repensar mi experiencia de vida me hizo recordar a Judith Butler, feminista norteamericana, que sostiene que es importante repensar los valores de reconocimiento que se utilizan en la sociedad, para incluir a los otros. El reconocimiento que merecen las minorías sexuales, de género diferente, no puede ser en base a la “normalidad” al que se espera que lleguen, sino en el reconocimiento del sujeto tal cual es; sí, siendo diferente del otro. Butler afirma que aunque existe un campo de límites éticos, y como el cuerpo es algo más que los sujetos mismos, que se construye en relación a otros, es importante tomarlo como el espacio de lucha política por el reconocimiento, en asociación, de las minorías sexuales. Y el discurso que permite articularlas, es la crítica a conformación de la familia únicamente por medio del matrimonio, y con la unión de

heterosexuales, cuando en la sociedad las familias tienen múltiples conformaciones, que atraviesan, la cultura, la raza, la clase, en especial el género (Butler, 2006: 47). Para la autora la conformación del parentesco, según la institución del matrimonio (heterosexualidad y monogamia), puede acoger a un segmento de la sociedad, pero otro segmento, funciona paralelamente bajo sus propias reglas de convivencia.

Butler afirma que desidealizar los cuerpos y una fantasía de reconocimiento de género, es una necesidad posible más que una utopía. Con ello se lograría el reconocimiento y “se distribuirá de forma equitativa algo que pueda ser garantizado socialmente... y aprehendido” (Butler, 2006: 54). Por ello la afirmación de los derechos sexuales toma un significado especial: que el aparecer como gay (y yo le añado como bisexual, transexual y asexual), en la sociedad no sea un desafío de las normas públicas o una transgresión de la morfología del cuerpo socialmente aceptada (2006: 58). Estos cambios permitirían disminuir la violencia contra las personas pertenecientes a las minorías sexuales.

“Es necesario asumir también que la aceptación que hoy demandamos los/as asexuales, no implica que queremos forjar un mundo asexual, así como los gays, lesbianas, bisexuales e intersexuales, tampoco quieren forjar un mundo con estas características”

Es necesario asumir también que la aceptación que hoy demandamos los/as asexuales, no implica que queremos forjar un mundo asexual, así como los gays, lesbianas, bisexuales e intersexuales, tampoco quieren forjar un mundo con estas características. No se busca una superposición de reglas, manteniendo la jerarquía y la desigualdad, sino al contrario, se busca una horizontalidad en la convivencia.

Butler sostiene que es importante formar parte de un proyecto democrático crítico, donde las mujeres, hombres, hermafroditas, transexuales, intersexuales, pertenecientes a las minorías, logren incorporarse a *lo humano*, reinterpretando las circunstancias históricas y culturales en las que lo humano se defina de forma diferente (2006: 62). Enfatiza en la importancia de que la sociedad se abra a lo que no conoce, y aunque se mantengan tensiones, debemos reconocer que no conocemos el núcleo de otras realidades existentes y presentes en la sociedad.

Admiro la paciencia, la tolerancia, y el noble objetivo de acercar el tema a través de la educación. No olvido aquel octubre de 1999, aquella charla, ni

la valentía con la que Eli y mucha otra gente han militado en aras de la diversidad sexual, que es donde se inscribe también la asexualidad, y que han allanado el camino para poder ahora debatir sobre este asunto. Y desde luego, como feminista y asexual me siento deudora principal de las reflexiones feministas, y por supuesto de quienes durante años ya sea desde la academia o desde las calles enarboladas por que nos han antecedido, pues la gran batalla ética detrás de toda esta discusión es reconocer nuestro cuerpo y el ajeno como territorio soberano.

La ira, el resentimiento, la incapacidad para expresar estas emociones a tiempo y con las frases correctas, constituyen también mi motivación para compartir mi experiencia. Como ven, mi panorama espiritual no es del una santa, convivo con miedos, decepciones, fracasos, orgullo, rencor, pero también con la felicidad de vivir como quiero hacerlo, lo que me llena de vitalidad y salud.

El placer no me es ajeno, lo busco constantemente en el helado de ron con pasas, en la paella, en una copa de vino tinto, en un cigarrillo, mordiéndome granos de pimienta negra. Más de una vez he sentido mariposas en el estómago, que son como estallidos internos. Los más fuertes se produjeron, frente al Guernica de Picasso, acercándome a la torre Eiffel y cuando vi nevar por primera vez en mi vida. En las tres ocasiones lloré y reí algunos minutos, mientras un escalofrío recorría mi cuerpo. Una amiga me dijo que así se sentía el orgasmo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS:

Abundancia, R. (2013) “Los que pasan del sexo” El País. Madrid (24 de enero). Disponible en <http://smoda.elpais.com/articulos/los-que-pasan-del-sexo/2986>

Butler, J. (2006). *Deshacer el género*. Barcelona. Ediciones Paidós Ibérica.

Rich, A. [1980] “La heterosexualidad obligatoria y la existencia lesbiana”, en Marysa Navarro y Catherine R. Stimpson (Comps.) (1999). *Sexualidad, género y roles sexuales*. México. FCE: 159-212.

Warner, M. (1991). “Introduction: Fear of a queer planet” en *Social text*, N°. 29, Duke University Press: 3-17